

1. Fundamentos de la propuesta

Las tres lecturas de este domingo se articulan sobre un mismo eje: la coherencia entre lo que se dice y lo que se hace no es un detalle moral secundario, sino el lugar donde se juega la verdad de la fe.

Ezequiel 18,25-28 establece el fundamento antropológico: cada persona responde por sus propios actos, y esa responsabilidad es reversible en ambas direcciones — el justo puede apartarse de su justicia y morir por ella, el malvado puede convertirse y salvar su vida. El fundamento no es el mérito acumulado, sino la decisión presente.

Filipenses 2,1-11 aporta el fundamento cristológico: el himno prepaolino que Pablo recoge —probablemente litúrgico, quizá cantado ya por la comunidad antes de la carta— describe el movimiento kenótico de Cristo, que "no hizo alarde de su categoría de Dios" sino que se rebajó hasta la muerte de cruz. Este himno no se cita para glorificar a Jesús en abstracto, sino como matriz de conducta: "tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús" (Flp 2,5).

Mateo 21,28-32 aporta el fundamento narrativo-pastoral: la parábola de los dos hijos. Es preciso situarla en su contexto redaccional inmediato. Tras la entrada mesiánica en Jerusalén y la expulsión violenta de los mercaderes del templo (Mt 21,1-27) —lo que W. Carter ha llamado una "parodia del poder"—, Mateo coloca tres parábolas dirigidas contra los dirigentes religiosos, no contra el pueblo de Israel: la de los dos hijos (21,28-32), la de los viñadores homicidas (21,33-46) y la del banquete del Reino (22,1-14). La primera denuncia que no hacen lo que Dios quiere; la segunda, que se han apoderado del poder; la tercera, que quedarán fuera del banquete. Es una acusación progresiva y deliberada, que explica por qué "allí mismo quisieran matar a Jesús" (Mt 21,46), conteniéndose solo por miedo a la gente.

El fundamento hermenéutico que sostiene toda la propuesta es, por tanto, doble:

- (a) la ética de Jesús es una ética de los hechos, no de las declaraciones —"lo que se dice no cuenta; lo que cuenta es lo que se hace"—; y
- (b) esa ética no admite excepciones de casta religiosa: se aplica con mayor severidad a quienes ostentan autoridad espiritual, porque en ellos la distancia entre el decir y el hacer se vuelve hipocresía pública, no solo debilidad personal.

2. Temas principales

- La coherencia entre la fe profesada y la conducta efectiva, frente a la mera declaración de intenciones o pertenencias.
- La responsabilidad personal e intransferible ante Dios, que Ezequiel opone tanto al fatalismo generacional como a la excusa colectiva ("la sociedad", "las estructuras", "los antepasados").
- La posibilidad siempre abierta de la conversión: quien dijo "no" puede recapacitar; quien dijo "sí" puede haber mentido desde el principio.
- La denuncia de la hipocresía religiosa institucional, dirigida específicamente a quienes ejercen autoridad espiritual y "cuidan la fachada pero no los contenidos de su fe".
- La primacía inesperada de los excluidos religiosos y sociales —publicanos, prostitutas, y por extensión hoy inmigrantes o presos— en el itinerario hacia el Reino.
- La fraternidad comunitaria fundada no en la simpatía natural sino en la imitación de la kénosis de Cristo, contra el orgullo que genera rivalidades (tema propio de Filipenses, dirigido a una comunidad real con tensiones internas).

3. Conceptos teológicos principales

Metanoia y responsabilidad personal. Ezequiel 18 rompe con el esquema de la retribución generacional (cf. Ex 20,5) para afirmar una justicia estrictamente personal: "¿es injusto mi proceder? ¿o no es vuestro proceder el que es injusto?". El profeta invalida así dos tentaciones simultáneas: culpar a Dios de la propia desgracia, y culpar a la comunidad o a los antepasados de la propia culpa. Queda siempre, aun bajo el peso del ambiente, "un margen de libertad".

Kénosis (Flp 2,6-8). El himno cristológico describe el vaciamiento de Cristo —de la forma de Dios a la forma de siervo, de la exaltación a la humillación de la cruz— como el modelo de la vida fraterna, no como una fórmula dogmática aislada. La

humildad que Pablo pide a los filipenses ("considerar siempre superiores a los demás", Flp 2,3) no es una virtud genérica, sino una participación concreta en ese movimiento kenótico.

Ortopraxis frente a ortodoxia aparente. La parábola de los dos hijos ilustra lo que Santiago formulará más tarde con crudeza: "la fe, si no tiene obras, está muerta por dentro" (cf. St 2,17.26). Los signos externos de pertenencia religiosa — bautismo, primera comunión, matrimonio eclesial, misa dominical— no bastan si el estilo de vida no se corresponde con lo profesado.

El Reino como itinerario ya presente. Un dato filológico ilumina el alcance de la denuncia de Jesús: el verbo griego *proágousin* (Mt 21,31) está en presente, no en futuro. Como observa M. Zerwick, los publicanos y las prostitutas "van delante" de la élite religiosa ya ahora, no en una promesa diferida. El Reino no es solo una meta futura sino un camino que ya se está recorriendo, y en el que el orden aparente de "delanteros" y "rezagados" queda invertido en el presente mismo del relato.

Eclesiología de comunión eucarística. La reflexión conecta el himno de Filipenses con la estructura de la Eucaristía —el Padrenuestro ("perdónanos como nosotros perdonamos"), el gesto de la paz, la fracción del pan compartido— como "escuela de fraternidad comunitaria", en la que el envío final ("podéis ir en paz") no es punto de llegada sino de partida hacia una vida coherente con lo celebrado.

4. Desarrollo del pensamiento y de la propuesta

El desarrollo del texto sigue un movimiento en tres tiempos que va de **lo personal a lo comunitario y de ahí a lo encarnado**.

Comienza con Ezequiel, situando la responsabilidad en el sujeto individual frente a la tentación de diluirla en el destino colectivo del destierro. Avanza hacia Filipenses, donde esa misma exigencia se traslada al plano comunitario: la coherencia personal se vuelve fraternidad concreta, medida no por sentimientos espontáneos sino por la imitación deliberada de la kénosis de Cristo frente al orgullo que Pablo detecta en Filipos —una comunidad real, con "desavenencias, discordias, rivalidades", no distinta de las nuestras.

El tercer momento, el evangelio, cierra el círculo devolviendo la cuestión a la conciencia de cada oyente mediante la pregunta directa: "¿en cuál de los dos hijos nos vemos sinceramente reflejados?". Aquí el texto evita dos lecturas fáciles. No convierte al "hijo que dijo no" en modelo a imitar —aclara expresamente que la parábola no invita a imitar la rebeldía inicial, sino la capacidad de recapacitar—; y tampoco condena sin matices al que dijo "sí", sino que distingue entre el sí perseverante (Abrahán, María, José, Jesús mismo) y el sí superficial, dicho "por costumbre o por miedo", que enmascara un no interior.

El paso más singular del desarrollo es el tránsito de la exégesis al testimonio. El autor introduce un episodio pastoral propio: un grupo de mujeres en situación de prostitución, acompañadas por religiosas Oblatas, reflexionando sobre Jesús a partir de un libro suyo. Los testimonios recogidos —breves, entrecortados, marcados por el dolor y por una intimidad orante inesperada— no ilustran la parábola desde fuera: la verifican desde dentro. Con ello el texto sostiene, con datos vívidos y no solo argumentados, que la afirmación de Jesús en Mt 21,31 "no es una exageración". Es una decisión hermenéutica exigente: el argumento teológico se valida en el encuentro pastoral concreto, no solo en el análisis del texto griego.

5. Una reflexión fascinante y movilizadora

Lo que hace inquietante esta página no es la denuncia de la hipocresía religiosa en abstracto —eso es previsible en cualquier comentario a este evangelio—, sino la precisión con que localiza el fenómeno: no en los peores, sino en los que se creen mejores. El texto insiste en que la élite religiosa no fue condenada por sus pecados manifiestos, sino por la distancia exacta entre su predicación y su conducta: "hablan contra el apego al dinero quienes se parecen a cualquier cosa menos a un pobre; hablan contra el orgullo quienes ocupan sedes de poder y dignidad; son severos censores del sexo quienes ocultan y protegen a delinquentes sexuales". Es una crítica que no envejece; cambia de rostro, pero no de estructura, en cualquier institución religiosa de cualquier época, incluida la nuestra.

Más movilizador aún es el dato del verbo en presente: *proágousin*, "van delante ya ahora". No se trata de una promesa escatológica que consuela a los últimos con un futuro lejano, sino de una afirmación sobre el presente que debería inquietar a quien se cree instalado en el camino de Dios. El Reino no espera a que la élite religiosa se ponga al día: avanza ya, y avanza a través de quienes menos crédito religioso tienen.

Y luego están las voces. Los testimonios de las mujeres citadas no son ornamento devocional: son el lugar donde la teología deja de ser discurso sobre Dios para volverse experiencia de ser alcanzado por él —"Dios está dentro de mí", repetido tres veces por la misma mujer, tiene más fuerza teológica que muchas páginas de tratado. Ese contraste, entre el lenguaje sobrio del comentario exegético y el lenguaje quebrado del testimonio, es precisamente lo que el texto quiere provocar: que el lector no termine la lectura habiendo entendido una parábola, sino preguntándose, como el propio texto pregunta, en cuál de los dos hijos se reconoce sinceramente.

6. Ahora ... qué haremos?

1. Examinar la coherencia entre lo dicho y lo hecho. revisar, en un ámbito concreto de la propia vida (trabajo, familia, comunidad), si las palabras que se pronuncian con facilidad —fe, justicia, comunidad— tienen traducción efectiva en la conducta de la semana.

2. Asumir la responsabilidad personal. renunciar a explicar las propias faltas apelando a la sociedad, a las estructuras o al ambiente, sin negar por ello su influencia real; reconocer el margen de libertad que Ezequiel defiende como irrenunciable.

3. Practicar la humildad kenótica. aplicar de modo concreto la consigna de Flp 2,3 —"considerar superiores a los demás"— en al menos una relación donde exista tensión, orgullo o rivalidad latente.

4. Acoger sin prejuicio a quienes se consideran "lejanos". identificar a personas del propio entorno tratadas con distancia moral —por su pasado, su condición migrante, su situación penal o social— y ofrecerles un trato de confianza real, no condescendiente.

5. Acompañar procesos de recapitación. sostener, sin presión moralizante, a quienes atraviesan un "no" —de fe, de vocación, de pertenencia eclesial— confiando en que ese no puede convertirse en un sí libre, como el hijo de la parábola.

6. Convertir la liturgia en punto de partida. vivir el envío final de la celebración ("podéis ir en paz") no como cierre sino como inicio de una praxis coherente durante la semana, evitando que la asistencia dominical sustituya a la conversión efectiva.